

El trabajo, fuente de santificación

Por P. MARIANO ARROYO

La meta del cristiano es ir construyendo en su vida un nuevo ser en Jesucristo. Por el bautismo somos injertados en él y de él recibimos la sabia para alimentar esa nueva vida. Esta tarea la realiza principalmente el Espíritu Santo, pero nosotros no nos convertimos por eso en seres pasivos: nuestra libertad entra en juego y tenemos que colaborar con Él. Por eso nuestra santificación es a la vez tarea de Dios y nuestra.

En busca de una espiritualidad propia

Tratándose del laico, ¿en que fuentes debe beber? ¿Dónde encontrar los medios para alimentar ese proceso? Sabemos que hay caminos comunes a todo cristiano como los sacramentos y la oración, pero cada grupo en la Iglesia tiene que aprovechar aquellos medios que son propios de su estilo de vida, el que ha elegido o el que le ha venido dado por las circunstancias de su historia personal. Un monje que se retira de este mundo tiene que santificarse con el provecho del silencio y la soledad para encontrarse con Dios. Una religiosa que opta por un grupo de seguidores de Jesús, por una congregación concreta, tiene que santificarse por medio del carisma de esa congregación: ya sea la comunidad en que ha escogido vivir, o las tareas propias de su grupo como el cuidado de los ancianos, la educación de los jóvenes o la enseñanza. ¿Cuál es el camino propio del laico?

Es hermoso comprobar que la teología ha desarrollado en los últimos años una reflexión muy interesante sobre este punto. Porque siempre nos amenaza la tentación de la huída, es decir, de añorar el camino o los medios que de hecho no se nos han dado. Así el laico puede caer en la tentación de pensar que la tarea con la que más crecería en su fe y agradaría a Dios es sirviendo en la parroquia en cualquiera de las tareas estrictamente religiosas como la catequesis, la liturgia... y que el tiempo más preciado de su día es el que pasa dentro de las paredes del templo. No es así. Evidentemente que la catequesis y la liturgia son tareas también del laico, pero no son las específicas, esas que sólo él puede hacer y que son un verdadero capital para la Iglesia.

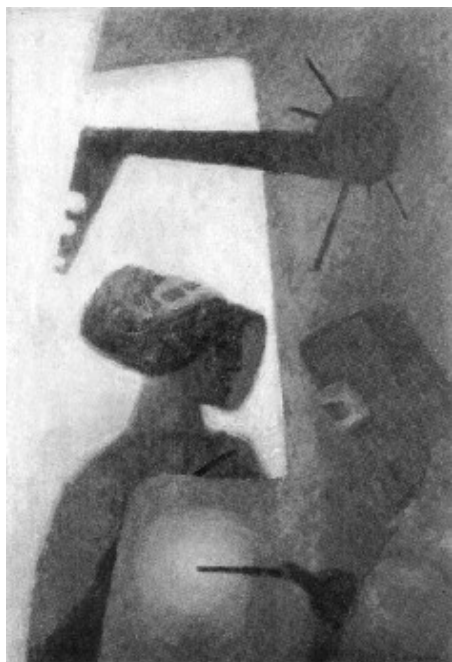
Por eso se habla de la laicidad o secularidad como la nota característica de la vida del laico. “Secularidad” viene de “siglo” que aquí significa simplemente el “mundo”. Es por lo tanto en el mundo y en sus tareas mundanas donde el laico tiene que ejercer su servicio y crecer en su fe. No en el convento ni en el monasterio ni propiamente dentro de la parroquia. ¡Cuántas veces hablan los laicos de toda esa realidad: la familia, el trabajo, la convivencia con los vecinos, la lucha de cada día... como de un gran obstáculo para vivir la propia fe! Como si estuvieran añorando la vida del monje o del cura.... No. La Iglesia invita a los laicos a ser conscientes de la gran riqueza que encierra esa vida para ellos y mediante ellos para la comunidad. Los aspectos o ámbitos propios del laico son principalmente tres: el trabajo, la familia, y la vida social. Vamos a señalar unas ideas sobre el primero, el trabajo. En este campo las encíclicas de los Papas, especialmente la *Laborem exercens*, de Juan Pablo II, aportan reflexiones muy valiosas, bíblicas y antropológicas.

Cocreadores con Dios.

Nada más y nada menos. El relato primero de la creación, que surgió en los ambientes sacerdotales

en tiempos del exilio en Babilonia, expresa la reflexión y la fe de Israel en esa etapa de su historia. Dios es el creador de todo. Todo viene de Dios. No hay dos dioses, el del bien y el del mal. Por lo tanto, todo es bueno. Es el hombre el que hace malas las cosas. Y en la cima de ese proceso creador es donde han ido brotando todas las cosas que son buenas, Dios ha puesto al hombre, del que dirá no que es “bueno”, sino “muy bueno”. A este hombre Dios le va a hacer guardián y continuador suyo en el desarrollo y cuidado de la tierra. “*Sometan la tierra*” (Gen. 1,28), ha dicho Yahvé.

Esta idea aprendida en nuestras primeras catequesis hay que bajarla a la vida. Nada más y nada menos que el trabajo, por humilde y sencillo que sea, es parte de una responsabilidad dada por Dios. Continuar el desarrollo, vencer los misterios de la naturaleza, hacer posible la vida, buscar y producir el alimento, crear belleza, poner orden y estética en el mundo..... Todo ha de ser para el laico cristiano tarea “divina”, tarea encomendada por Dios. ¡Cómo cambia la perspectiva cuando partimos de esta idea a la hora de levantarnos e intentamos coger la guagua o el camello! No voy a hacer algo sin sentido, voy a colaborar con Dios para hacer posible la vida. Desde esta visión de fe, todos los trabajos son importantes. Desde la mamá que empieza el día lavando o cocinando, o el que barre la calle o el campesino que suda desde el alba sobre su tierra, hasta el ingeniero que planifica una termoeléctrica o el superespecialista que dirige desde la computadora una nave espacial o el biólogo que estudia la posibilidad de la clonación, todos están siendo cocreadores con Dios. El trabajo no es nunca competencia con Dios, es colaboración con Él.



Aquí hay un filón importante de espiritualidad, muy poco desarrollado desde la predicación o la reflexión de la comunidad. ¿Se le ha enseñado al laico que él también es sacerdote, con el sacerdocio bautismal, y por lo tanto, cuando va al trabajo puede ofrecer a Dios las tareas de su centro, ya sea la “shopping”, el taller, la escuela, el policlínico, el puerto... esas tareas que realizan él y sus compañeros, aunque no sean creyentes? A esa hora el sacerdote puede estar ofreciendo a Dios sobre el altar el sacrificio de Jesús muerto por la humanidad o el monje estará orando en su capilla, pero no son sólo ellos los que cumplen la voluntad de Dios. Yo, también estoy ofreciendo mi trabajo y mis luchas para hacer posible mi vida y la de los demás. Y lo ofrezco a Dios como un himno de voces, de ruidos y de pasos que sube también al altar de Dios. Esto elevaría mi propia imagen como cristiano y mitigaría el lado negativo de esa vida a la que nos referiremos después.

Sirviendo a los demás

Si Jesús resume la vida cristiana o el cumplir la voluntad de Dios en dos mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo, con lo dicho arriba el laico tiene en su propia vida una buena fuente donde beber esa primera agua: el amor y la cercanía a Dios Padre. Pero es que el trabajo, pensándolo bien, nos proporciona un medio excelente de desarrollar en nosotros este segundo aspecto de servir a los demás. Porque todo trabajo tiene un aspecto social o comunitario. Sin ir más lejos, la luz que me llega mediante la lámpara y que hace posible que yo esté escribiendo por la noche estas cuartillas, es fruto de un entramado enormemente complejo de tareas realizadas por muchas personas: desde el ingeniero, que planificó la termoeléctrica, los albañiles y encofradores que la construyeron, los trabajadores de la Cupet que sacaron el petróleo, los que levantaron con maestría las torres de conducción, los electricistas que hicieron la instalación o los trabajadores de la Empresa de electricidad que hacen guardia, por si hay una avería... todas esas personas han trabajado para mí.

Y así, con el pan que comí en el desayuno, que sólo fue posible porque algunos panaderos madrugaron para hacerlo o las medias que me puse esta mañana, que hombres y mujeres de la lejana China hicieron también para mí, toda la vida es posible por este entramado de voluntades donde cada uno pone su técnica y saber. ¡Cómo cambia la vida cuando yo, hombre o mujer que tiene la suerte de saber esto en medio de tantos que no lo saben, convierto mi trabajo en un servicio, en un acto de amor a los demás. Yo, cumpliendo el mandato divino, hago esto que servirá a tantos...

Redentores con Cristo

Mientras iba usted leyendo las reflexiones anteriores, muy fácilmente surgió en su corazón una cierta rebeldía. ¡Muy bonito! ¡Muy romántico! Pero cuando la guagua no llega, o me pagan 220 pesos al mes, o en el trabajo el jefe es un tirano, o todo es un desorden, o estoy tapando un bache en la calle, sabiendo que es un remiendo y que dentro de una semana va a estar igual, porque la solución es cortar el salidero que lo provoca, cuando pienso en todo eso, sólo cabe el desánimo y el encogerse de hombros. Es normal. El cristiano no es un ingenuo para creer que la vida es color de rosa, pero tiene un hecho clave en el mensaje que ha aprendido, que es fuente de esperanza, y es que la cruz es camino de resurrección.

Volviendo al libro del Génesis leemos que, para el pueblo de Israel, el trabajo es bendición y a la vez es maldición, no por voluntad de Dios sino por el pecado del hombre, pero Jesús convirtió el dolor en fuente de resurrección. Todos los sufrimientos que en la situación actual del mundo y de Cuba manchan el proyecto salvador de Dios tenemos que convertirlos en camino de salvación. No hay cosa más triste que sufrir inútilmente, sufrir sin saber por qué se sufre. La fe nos tiene que ayudar a limpiar, en la medida de nuestras fuerzas, las manchas de pecado con las que nos encontramos cada día.